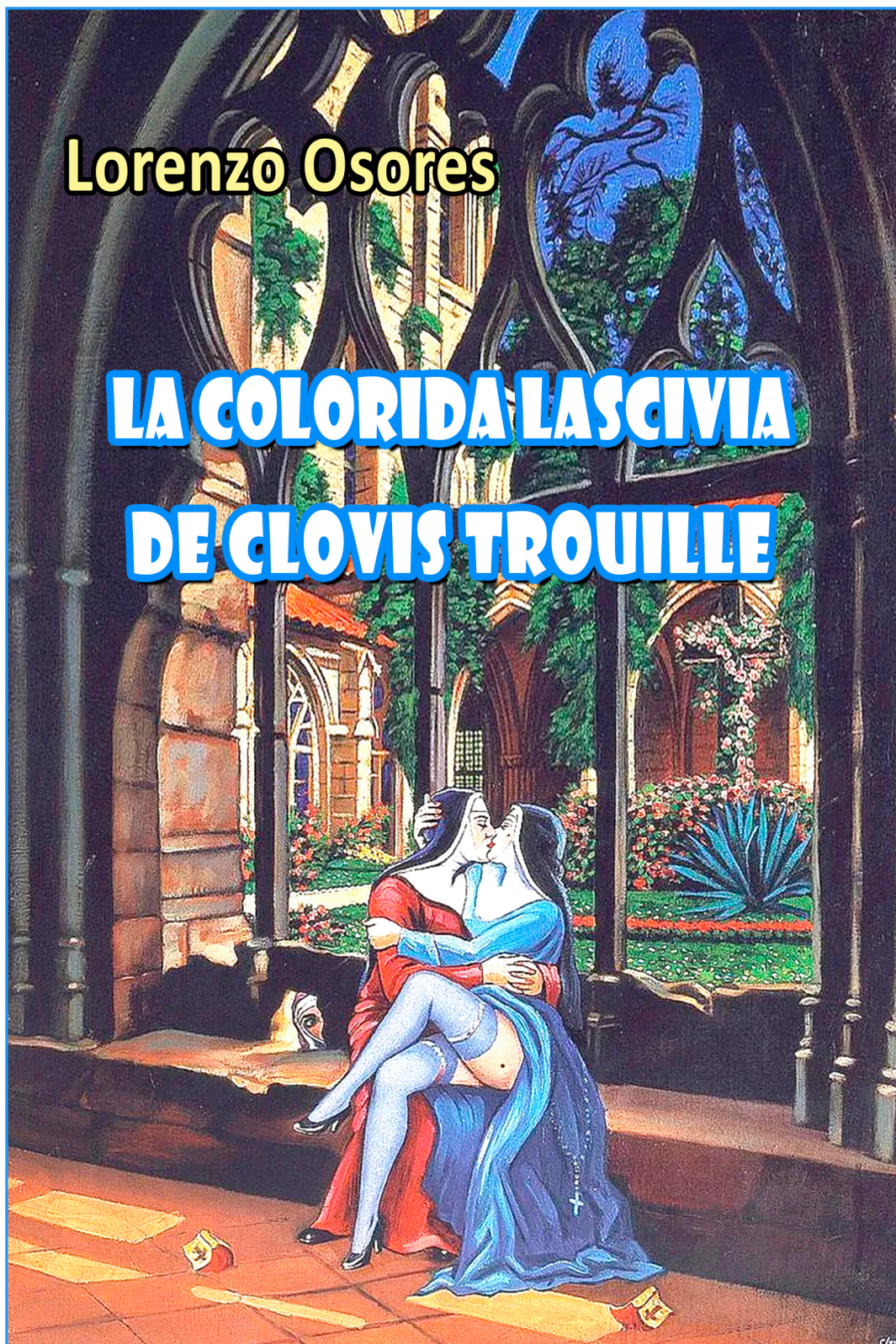


**Lorenzo Osóres**

**LA COLORIDA LASCIVIA  
DE CLOVIS TROUILLE**



El pintor Trouille nunca persiguió la gloria: no vendía sus cuadros y era reacio a participar en exposiciones.

Fue un an-artista anticlerical que pintaba escenas de sexo entre monjas y sacerdotes.

Dotado de una buena formación académica, convencido de que sólo la figuración tiene sentido y gran aficionado a la fotografía, Clovis Trouille se sirvió de esos tres parámetros para componer sus telas, de naturaleza altamente simbólica, siempre atravesadas por el humor. En ellas ridiculizaba todos los poderes –el del dinero, el militar, el político y el de la Iglesia católica– en unas composiciones que fueron antecedentes de la figuración narrativa y del pop art.

Hoy, su obra sigue siendo una joya por descubrir.

Lorenzo Osores

**LA COLORIDA LASCIVIA DE CLOVIS TROUILLE**

Texto extraído de Libros y artes, nº 88

[https://repositoriodigital.bnp.gob.pe/bnp/recursos/2/html/libros-y-  
artes-88/26/#zoom=z](https://repositoriodigital.bnp.gob.pe/bnp/recursos/2/html/libros-y-artes-88/26/#zoom=z)

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)





Clovis Trouille

## CLOVIS TROUILLE

Por su aspecto físico, forma de vestir y andares de pingüino, Clovis Trouille parecía el prototipo del pequeño burgués pasmado, partidario del orden y de la disciplina más estricta.

De su vida íntima se sabe muy poco o casi nada: que se casó con Jeanne Vallaud y tuvieron dos hijas, Alice y Rachel, y que poco después de morir la primera de ellas, se divorció de su esposa. De esas tristes vivencias, queda una inquietante fotografía: la de monsieur Trouille con sus pequeñas hijas, la imagen de un padre severo y de dos niñas que dejan entrever un discreto temor.

En otros retratos de Clovis Trouille percibimos, o creemos percibir, la autosuficiencia del clérigo o preceptor que ha logrado sublimar una pedofilia al alcance de la mano.

Probablemente, su inclinación fetichista por coleccionar zapatos, guantes y sombreros de damiselas, muñecas de *biscuit*, portaliagas y corsés, juguetes antiguos, calendarios pasados y murciélagos disecados, contribuyó a reprimir esa tentación; a suplir una parafilia abominada por otra socialmente tolerable.



Remembrance, 1930

Estamos, obviamente, en el terreno de las presunciones o especulaciones prejuiciosas porque felizmente, como suele suceder, las apariencias engañan.



Por ejemplo, nada hacía suponer y nadie podía imaginar que el parco y circunspecto caballero que trabajaba para la empresa Pierre Imans de París, como reparador y maquillador de maniqués de escaparate o de personajes feriales, era en sus ratos libres un pintor sacrílego y obsceno que cuestionaba el orden social y la moral cristiana, que hacía escarnio de lo más sagrado en fantásticos óleos de encendidos colores, propios de una revista musical o de un burdel.



Naguere, 1942

Se podría decir que a diferencia de Henri Rousseau *El Aduanero*, Clovis Trouille carecía de inocencia pero no de



academia. Lo cual no es mérito suficiente para ser peor como persona ni mejor como pintor.



Religiosa italiana fumando un cigarrillo, 1944

Retrocedamos un poco en el tiempo. A los dieciséis años, Trouille ingresó a la escuela de Bellas Arte de Amiens, ciudad cercana a La Fère, el pequeño pueblo donde había nacido

en 1889. Dos años de estudio le bastaron para mostrar su talento: en 1907 ganó el Primer Premio de Bellas Artes de Amiens por su obra *La jeune hele blonde*. Al finalizar sus estudios, trabaja como ilustrador publicitario y de modas para la prestigiosa casa Draeger, y a la vez colabora con caricaturas y dibujos para periódicos de Amiens.



Mi tumba, 1947



Sin duda, fue una época feliz para Clovis Trouille. Lo enriquecía estar en esta ciudad con intensa vida cultural, cargada de historia y marcada por la omnipresencia de la catedral Notre Dame de Amiens –sin esmeraldas ni quasimodos, pero dos veces más grande que la de París–, lugar sagrado del arte gótico que a Trouille le sirvió como escenario para sus cuadros más sacrílegos.



El poeta rojo, 1949

Solo mencionaremos dos de ellos, no necesariamente los más irreverentes: *Sueño claustral*, el de las monjas que se besan con lascivo ardor y *La chapelle illuminée du gran christ hindou*, el de un Cristo enloquecido que ríe a carcajadas. A



propósito de tales circunstancias, y al referirse a la impostura de las religiones, Trouille añade burlescamente: «Es posible que pintando la catedral de Amiens tomara conciencia de todo este Music Hall».



Sueño claustral, 1952



No mucho tiempo después, llegó la Primera Guerra Mundial con su cuota de horror y sufrimiento. Espantosa experiencia que Clovis Trouille sufrió en carne propia como soldado en los frentes de Champagne y de Picardie. La estupidez y crueldad de la guerra entre naciones y el arraigado chauvinismo del ejército francés influyeron decisivamente en el antimilitarismo radical y en las posiciones anarquistas de Trouille, que se expresan claramente en su obra pictórica.



Dolmancé y sus fantasmas de lujuria, 1965

Precisamente, *Remembrance*, una de sus pinturas más críticas del militarismo y chauvinismo francés, se exhibió en

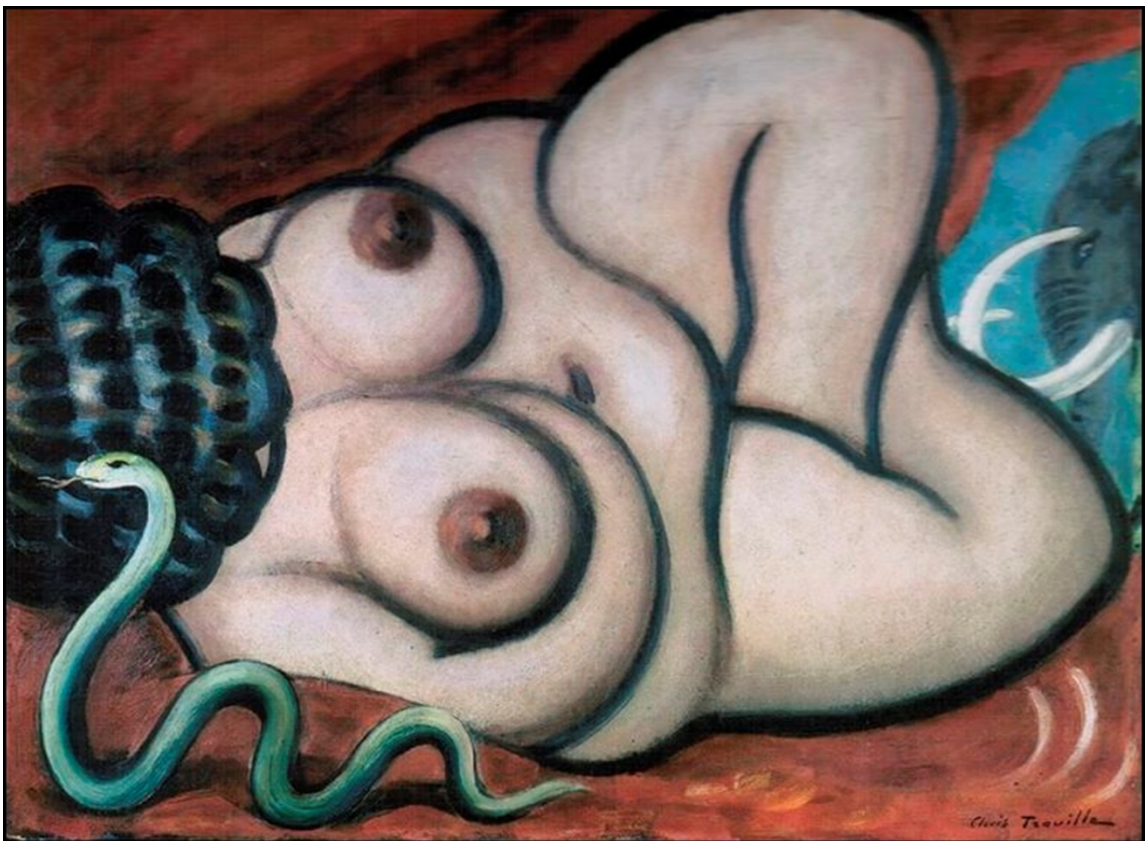


una muestra colectiva del Salón de Pintores y Escritores Revolucionarios en 1930. Trouille había aceptado participar seducido por su eslogan: «Hay que desabrochar el cerebro tan a menudo como la bragueta».



Cuando Louis Aragon y Salvador Dalí visitaron la muestra, quedaron asombrados con *Remembrance* y la reprodujeron en el número 3 de la revista *Le surréalisme au service de la révolution*. Así empezó el vínculo de Clovis Trouille con los surrealistas y su relación, no siempre cordial, con André Breton, lo cual era previsible dado el temperamento tan disímil de ambas personalidades.

Todo indica que durante bastante tiempo se llevaron bien. La mejor prueba es que a pesar de que Clovis era reacio a vender sus pinturas, Breton le compró un cuadro, nada menos que *Remembrance*. En 1947, Clovis Trouille participó en la gran Exposición Internacional del Surrealismo organizada por André Breton y Marcel Duchamp en la galería Maeght de París. Posteriormente, firmó todos los manifiestos surrealistas que se publicaron desde 1948 hasta 1959.



Sin embargo, cuando Breton le propuso organizar una exposición individual, Trouille se negó afirmando que la terrible realidad expresada en su obra era muy superior a cualquier surrealismo. Era una manera de enfatizar su condición de anarquista.



Como era de esperarse, Breton no lo incluyó en ninguna de las antologías del surrealismo. Acerca de la causa de este inesperado distanciamiento hay muchas especulaciones. Se dice que al poeta francés le desagradaba ciertos aspectos de la obra de Trouille: su persistencia en el tema erótico, su obsesión por el cuerpo femenino y particularmente por las nalgas tan redondas que proliferan en sus pinturas. Por su parte, a Trouille le molestaban los alardes intelectuales y las manías inquisitoriales de Breton.



Hay un cuadro de Trouille que da pábulo a esos comentarios, titulado *Stigma diaboli*, donde un clerical y enmascarado André Breton inspecciona el desnudo trasero



de una hermosa joven y, lupa en mano, se detiene en el coqueto lunar que ella luce en una de sus impúdicas esferas.



No por gusto se ha insistido en que el ácrata y descreído Clovis solo tenía devoción por la espléndida redondez de las nalgas femeninas. No por gusto el vanguardista espectáculo musical *¡Oh Calcuta, Calcuta!*, de Kenneth Tynan, se inspiró en el cuadro de Clovis Trouille del mismo nombre, un juego

de palabras que en castellano sería: ¡Oh culo, qué tal culo tienes!

Clovis Trouille participó en muchas exposiciones colectivas, casi siempre en el Salón de los independientes, y también en el Salón de los Superindependientes, porque su principal propósito era mostrar obras que desafiaran al sistema, a la moral convencional, al autoritarismo y al poder.



Su desinterés por la fama y el dinero era bastante conocido, pero casi nunca comprendido. En una oportunidad declaró con ese espíritu burlón y confrontacional que lo caracterizaba: «En verdad nunca he pintado para obtener un premio en la Bienal de Venecia, sino para merecer, como mínimo, diez años de prisión». No faltaban los allegados que le reprochaban su incomprensible



renuencia a vender sus obras. A ellos les respondía: «Para mí, la venta de mis obras sería un triste signo de conformismo burgués. Siempre he considerado mi pintura como anarquista y anticomercial».



En 1962, hizo su primera gran exposición individual en la galería Raymond Cordier de París, bajo ciertas limitaciones impuestas por él mismo. No era abierta para todo público sino con invitación personal, estaba prohibida para menores de 18 años de edad y para mayores de 70; y el ingreso a *La Voyeuse*, un cuarto oscuro donde se exhibían las pinturas más audaces, estaba vedado a menores de cincuenta años.

Ese mismo año, el 9 de noviembre, con motivo de la publicación del libro *Le vampire* de Omella Volta, expuso

doce pinturas en La Lanterne Magique, una galería situada en un lugar poco prestigioso, cercano a tiendas que vendían retratos de mujeres barbudas, dibujos fetichistas, libros viejos empastados con piel humana ornada de tatuajes y todo tipo de objetos estrafalarios.



Además de prestar sus cuadros, Clovis hizo decenas de siluetas de murciélagos en papel de seda gris o negro, personajes persistentes en su obra y muy propicios para la ocasión. En un gesto generoso, el conocido editor Jean-Jacques Pauvert envió varias cajas de champagne para festejar el acontecimiento. También se dice que entre la muchedumbre que pugnaba por ver la muestra y que llegaba hasta las calles vecinas, estaba André Breton como un fantasma escapado de una pintura de Trouille.



Hasta ahora nos hemos referido a la rebuscada discreción de Clovis Trouille, a su vida aparentemente apacible, a sus firmes convicciones de artista insobornable, pero no hemos dicho lo suficiente de su pintura tan compleja y difícil de ubicar en los ismos de uso obligatorio para los entendidos.



Trouille realizó en total unas ciento veinte pinturas, cantidad sorprendente si tenemos en cuenta que era un pintor de domingos y que le dedicaba buen tiempo a cada una de ellas. Se podrá no coincidir con su estética perturbadora, pero no se puede negar que le sobraba inspiración.

Indudablemente, el llamado arte pop tiene en Richard Lindner a su mayor talento, sin desmerecer la obra de los

más ligeros y más conocidos Andy Warhol o Roy Lichtenstein. Pero fue Trouille el primero en incluir en su pintura anuncios comerciales y todo tipo de espectáculos populares, conservando sin temores académicos su carácter kitsch. Es obvio que esos elementos encajan muy bien con la fanfarria militar o las pompas religiosas que el pintor denuncia con ferocidad, pero también con humor.



Ese humor que sintoniza de maravilla con su libérrimo erotismo y que alcanza niveles notables en sus cuadros de ambiente clerical, de monjas insinuantes y lascivas, de frailes desenfrenados, de obispos con portaligas.



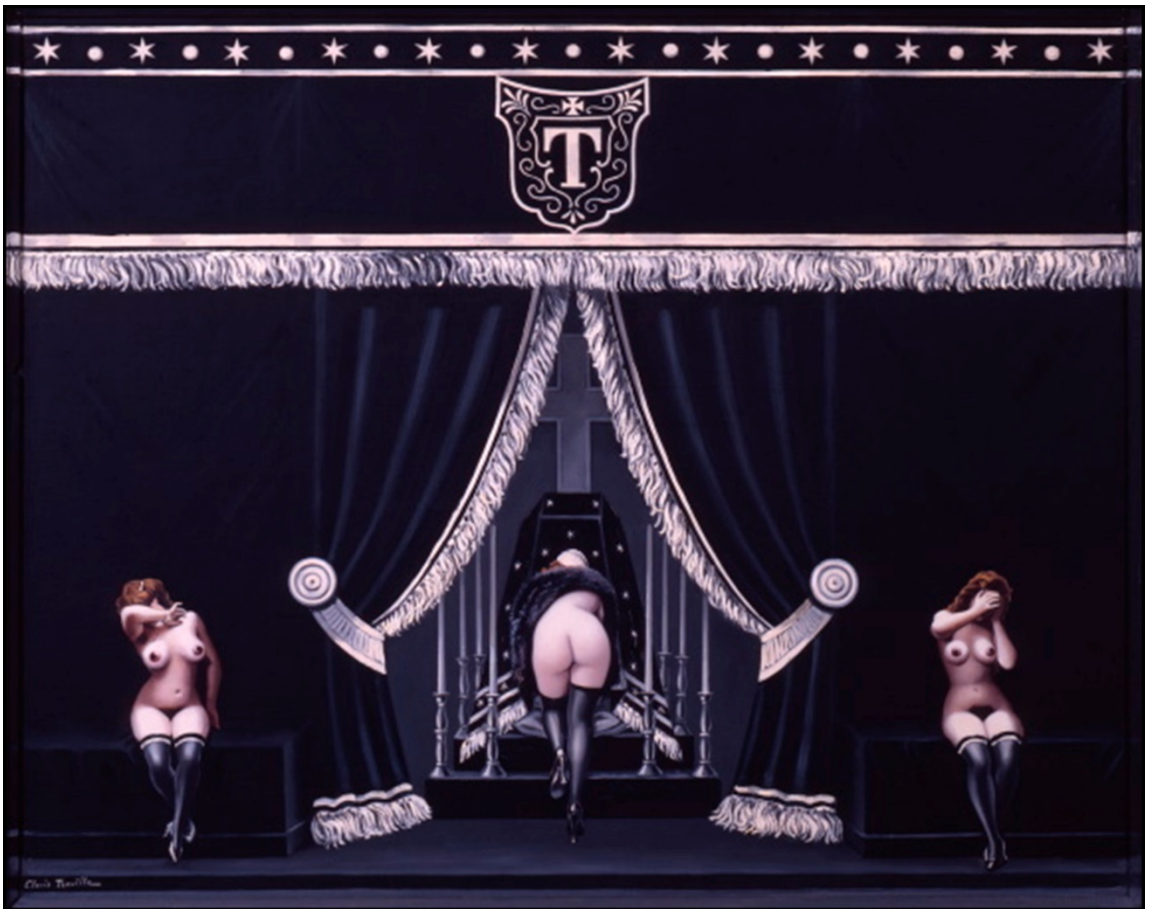
Y por espíritu de contradicción, en sus cuadros de ambiente fúnebre imperan el humor y el erotismo, esa mezcla explosiva que hace volar todas las cárceles mentales.

No podríamos dejar de mencionar la relación de la pintura de Trouille con el cine, que fue, a todas luces, de simpatía y reciprocidad. Si en ella se percibe la impronta del cine expresionista alemán de Robert Wiene, Murnau y Fritz Lang, también es clara su influencia en cineastas como Luis Buñuel o Walerian Borowczyk. Curiosamente, todos ellos tan fetichistas como Trouille.



El 24 de setiembre de 1975, con su discreción acostumbrada y sin despedirse de nadie, Clovis Trouille

murió en una comuna bastante cerca de París. Dada la ocasión, imposible no recordar *Mes funérailles*, una de sus más bellas y audaces pinturas. En medio de la capilla mortuoria, una enigmática dama, cubierta apenas con una estola y con medias de color negro, aprovecha el ambiente de recogimiento para inclinarse sobre el féretro, insinuar una fellatio y realzar, como quien no quiere, sus dos hermosos globos posteriores de blancura inmaculada.



Un final feliz para Trouille y para todos aquellos que admiramos su obra, donde el erotismo y el humor alcanzan su mayor expresión con una insolencia nunca antes vista.



